

LAS CORRECCIONES DEL FASCISMO

hora de votar (o más bien con la renuncia por parte de Alvaro Cunhal de presentar una moción de censura, que no hubiera recogido más votos que los de su partido: cuarenta), modificación profunda en el Consejo de la Revolución y cambios en los mandos militares, todos ellos en el sentido de mayor apoyo al Presidente de la República. Quien, por encima de Soares y del Parlamento, investido con su cargo civil de presidente de la República, con el de presidente del Consejo de la Revolución y con el mando de las Fuerzas Armadas, representa un alto poder personal. Está visible en la orden que ha dado para que Spínola sea puesto en libertad. La firma él solo. "El Consejo de la Revolución ha tomado conocimiento y se ha mostrado de acuerdo con el jefe del estado mayor de las Fuerzas Armadas, el Presidente Ramalho Eanes, en lo que concierne a la situación del ex general Spínola", dice el Consejo. Simplemente, se ha enterado. La orden de libertad firmada por Ramalho Eanes explica que "la falta de indicios suficientes de culpabilidad con relación al golpe de Estado del 11 de marzo de 1975" ha determinado la liberación de Spínola. Esta declaración es sorprendente: cambia todo lo que se sabe. Queda, sin embargo, la posibilidad de que Spínola fuese, como parece haberse probado, participe en "las actividades criminales del MDLP"; el Movimiento Democrático de Liberación de Portugal preparaba un golpe de Estado, una revolución de derechas, según fue oportunamente denunciado. Spínola parece —según el Presidente de la República— haber tenido participación en ellos, y "una eventual tentativa de adquisición de armas con fines ilícitos". Indicios de delito que no parecen suficientes para mantenerlo detenido. Está en libertad, con todos los derechos inherentes a su condición de ciudadano portugués. Excepto su pertenencia al Ejército. Que puede serle devuelta. Si realmente nunca intentó un golpe de Estado, ¿por qué no ha de volver a ser militar?

La rehabilitación y el regreso de Spínola son bastante más que un indulto o una forma de amnistía: representan el reconocimiento de que se ha vuelto al punto de partida. Es decir, a la revolución pactada del 25 de abril, no a la externa, no a la de cánticos, banderolas y pintadas, sino a la interna. Al movimiento corrector de un fascismo incómodo y fuera de las formas necesarias para formar parte de los esquemas de Occidente. Los episodios de estos veintiocho meses parecen haber terminado. Dentro de la OTAN, dentro de la zona de influencia de los Estados Unidos, dentro de la línea establecida por países como Alemania Federal, con su gobierno socialdemócrata y su

gran poder capitalista, con su control estrecho de los movimientos de izquierda. Aun con la legalización de todos los partidos políticos. Más o menos, como en la Grecia de Karamanlis. Con otro aspecto. En Grecia el poder es visiblemente civil, y la autocracia consiste en unas fórmulas electorales que permiten una mayoría absoluta de la derecha: en Portugal el poder es esencialmente militar, con la colaboración de civiles que, como Soares, se avienen a dar un tono de izquierdas a la gobernación del país.

Hay unas consecuencias que extraer de todo ello. Probablemente, que se está tratando a toda costa de dar fin a los regímenes supervivientes de la gran oleada nazi-fascista de los años veinte y treinta, como un medio de impedir el juego antifascista de la izquierda. Porque las nuevas modalidades del capitalismo de grandes mercados nacionales lo necesitan, y como una respuesta de aspecto democrático a la Unión Soviética. Con tan buen resultado que hasta los partidos comunistas de éstos y otros países occidentales repudian ya el régimen soviético, no obstante ser ahora menos duro, más abierto que en la época en que esos mismos partidos, y sus dirigentes actuales, florecían. Se está tratando de conseguir, no sin resultados, ofrecer una imagen alternativa válida, de carácter democrático, al régimen soviético. Esa imagen no era válida ni aún en los países más abiertos como consecuencia de las contracciones sufridas durante la guerra fría; la contraposición libertad-opresión, no estaba bien dada, y la idea del "mundo libre" era más bien caricaturesca. No cesan de plantearse riesgos graves, como los que ha corrido Portugal o como los de Italia, en este momento, donde la asunción por parte del partido comunista de las premisas de democracia, libertad real y justicia social, progresan por la invalidez de los gobiernos descendientes de la guerra fría. Los movimientos correctores de los fascismos están progresando.

¿Puede servir de algo toda esta hipótesis para comprender el momento español y su futuro? Quizá la de que el "bunker" no podrá prevalecer, porque su persistencia no está programada: quizá también la de que pueda tener un repentino poder, como lo tuvo al final de Caetano o en el momento de los intentos de democratización de Grecia, pero que siempre estará en contra de corriente y, a la larga, por una vía o por otra, tendrá que ceder. Pero también, que no se trata de una subversión de los grandes valores políticos ni económicos, y que los maximalismos de la oposición tampoco van a poder salir adelante. Una fórmula del tipo Soares-Eanes, o del tipo Karamanlis, parece ser la establecida en Occidente para el final de los regímenes personales en esta época histórica. A menos de que España vaya a enlazar con la siguiente época histórica. ■

Intranquilidad, disturbios

Polonia busca una democracia

Polonia conoció en 1970 una ola de disturbios que comenzó en la ciudad de Dantzig —la misma cuya ocupación por Alemania desencadenó la segunda guerra mundial— y se extendió rápidamente por el país. Fue, como en un país occidental, un problema de alza de precios y de contención de salarios. El primer secretario general del partido, Gomulka, ordenó una represión. Gomulka había obtenido el poder en una situación similar producida en junio de 1956, en la ciudad de Poznam: estudiantes y trabajadores reclamaban la extensión a Polonia de los beneficios de la destalinización (Stalin murió en marzo de 1953), y la implantación de un régimen más liberal. Se les concedió la liberalización con la entrega del poder a Gomulka, que había sido expulsado del partido por los stalinistas en 1948. Pero cuando se produjeron los sucesos de Dantzig, Gomulka se produjo con dureza. No consiguió sin embargo reprimir los disturbios, y de nuevo el pueblo polaco pareció ganar su causa: Gomulka fue destituido. El hombre que fue despedido en 1948 por liberal, lo fue de nuevo en 1970 por autócrata. Es una paradoja que ilustra las condiciones del político en general. Se ha repetido con Eduardo Gierak. Sustituto de Gomulka en 1970, para producir las reformas requeridas por el pueblo polaco, se encuentra ahora en posición y disposición de reprimir. No solamente ha reprimido a los autores de las violencias actuales, sino precisamente a los de las de 1970 que le condujeron al poder. Se cita entre los sancionados a Jacek Kuron, un intelectual que se ha distinguido políticamente por una carta a Berlinguer en la que abraza los puntos de vista del eurocomunismo expresado en Italia y señala las condiciones de vida que existen actualmente en Polonia.

Las perturbaciones comenzaron el 25 de junio. El gobierno anunció una subida en los precios de la alimentación de un 60 por 100. El circuito de producción y venta de alimentos es en Polonia gubernamental. El gobierno había conse-

guido mantener estables esos precios, y esa estabilidad era la base para mantener los salarios bajos. Inmediatamente estallaron disturbios en todo el país: huelgas, manifestaciones, algunos motines. Aunque la represión fue discreta, dos manifestantes resultaron muertos: el Gobierno dice que 75 policías fueron heridos. Pero el reflejo gubernamental fue rápido: inmediatamente se anunció que quedaban suspendidas las alzas de precios. Pero no definitivamente: se estudiaría la cuestión con más cuidado. Pero el Gobierno no pudo resistir la siempre nefasta tentación de responder con el "reflejo de autoridad". Trece personas fueron condenadas a largas penas de prisión por destrucción de propiedades del estado, otras 53 condenadas por diversos delitos, y otras muchas detenidas en espera de proceso. Entre ellas, como queda dicho, algunos de los miembros de los comités de huelga de 1970 y otros que no han participado directamente en estos movimientos, pero que son considerados como disidentes políticos. La cuestión comienza a desbordar los simples problemas de precios-salarios, para convertirse ya en una incomodidad política: se plantea la necesidad de reformar enteramente el sistema de gobierno. Es decir, la crisis social se ha convertido automáticamente en crisis política.

Se plantea una vez más cuestión de si el partido es representativo o no. De otra forma: se necesita una democratización. Un periódico de Varsovia ha escrito en un editorial: "La dirección (del partido) con el camarada Eduardo Gierak a la cabeza, ha subrayado numerosas veces que en la etapa presente de Polonia, dado el nivel intelectual y político actual de la clase obrera polaca y de toda la sociedad, la subestimación de estas aspiraciones democráticas conduciría a graves tensiones sociales". Y dice que "el partido ha rechazado los métodos autocráticos desacreditados del pasado, fundados sobre la sustitución de las decisiones colectivas

por las decisiones tomadas por los altos funcionarios desde el gobierno". Gierek mismo ha dicho, después de los disturbios, que ha estado "siempre convencido, y lo estará siempre, de que en este país no realizaremos nunca nada sin el apoyo y la cooperación de todos los polacos". Pero los condenados y los detenidos siguen en prisión, y la policía vigila de cerca a los sospechosos. Hay instancias en el partido que mantienen la línea dura. Se distingue entre ellos Kempa, jefe del partido en Varsovia.

Como persisten las causas inmediatas del descontento. Las alzas de precios se atribuyen a errores administrativos y económicos en la producción y los circuitos de distribución. Sin embargo, se deduce que a pesar de las posibles correcciones de estos errores o supuestos errores, las subidas van a ser inevitables, y que de aquí a fin de año aunque se evite el sesenta por ciento anunciado originalmente, no se evitarán alzas de un promedio del 35 por 100. Al mismo tiempo, los artículos de primera necesidad han desaparecido o son escasos. Delante de cada tienda, de cada almacén, se forman largas filas de espera. Las colas se han convertido en un deporte nacional: ya no se trata solamente de adquirir aquello que se necesita, sino aquello que se vende. Puede ser una buena inversión si los precios suben, puede ser una seguridad si el producto llega a desaparecer. Las tiendas limitan sus ventas por persona, pero de una manera extraoficial y no controlada: las autoridades han pensado ya en la necesidad de establecer cartillas de racionamiento. Si no lo han hecho hasta ahora, es porque temen el efecto psicológico del regreso a unas condiciones de racionamiento propias de la guerra y la posguerra, que indicarían un fracaso en la administración y la economía del régimen. Los llamamientos de los periódicos para que se practique una "disciplina social", no dan resultado. Gierek, ha dicho: "todo el mundo debe aprender a practicar la democracia". Pero se espera que esta práctica pueda comenzar a ser real desde el gobierno y el partido.

Parece que una serie de reformas se hace imprescindible. No se limitarán solamente a la parte económica, sino que tienen que responder más y mejor a la necesidad de que todos estén realmente representados en los partidos y en la implantación de unos sindicatos libres. ■ JUAN ALDEBARAN.



El campamento de Tal al Zaatar, donde unos treinta mil refugiados palestinos resistieron durante cincuenta y dos días a los falangistas cristianos del Líbano. Ninguna medida de humanización de la guerra fue admitida: la Cruz Roja Internacional tuvo que esperar a sus puertas.

En plena Edad Media

La matanza de Tal al Zaatar

Durante cincuenta y dos días, el campamento palestino de Tal al Zaatar ha permanecido cercado por los falangistas cristianos en absolutas condiciones de crueldad. Unas treinta mil personas, en su mayor parte civiles, han vivido en condiciones exactamente iguales a las de las plazas cercadas en la Edad Media: hambre, sed, heridos y enfermos sin posibilidad de ser atendidos. Las condiciones externas de la guerra eran modernas: tanques, cañones, aviones, cohetes facilitados por Siria, procedentes de la OTAN, de Estados Unidos, de Alemania Federal, probablemente de Israel. Las condiciones morales eran, sin embargo, antiguas. Ninguna de las medidas de humanización de la guerra que se vienen procurando en la era moderna han sido admitidas por los sitiadores. La Cruz Roja Internacional no ha podido evacuar a los heridos ni llevar medicamentos o alimentos al interior del campo. Se ha intimidado desde todo el mundo a los sitiados a la rendición; estos respondían que, entregados, serían asesinados. Así ha sido. Cuando la resistencia ha sido imposible, los sitiadores

han penetrado en el campo. Han matado a niños y hombres en condiciones de combatir o de ser futuros combatientes. Se sabe del asesinato de cincuenta enfermeras, de diez sanitarios. Han sido violadas y asesinadas numerosas muchachas. Se ha cometido una acción calificada, desde los juicios de Nuremberg, como genocidio: es decir, el intento de hacer desaparecer una nacionalidad, un pueblo. Algunas de las naciones que sentaron la jurisprudencia de Nuremberg y que inventaron la palabra genocidio han colaborado, directa o indirectamente. Se sabía, desde que empezó el cerco, lo que estaba sucediendo y cuál sería su desenlace. No ha intentado evitarlo nadie: se ha fomentado. La Edad Media no ha terminado nunca. Pero se han utilizado palabras de la retórica moderna. El Ejército libanés había ofrecido la evacuación del campamento "bajo control del Ejército del Líbano que garantizaría la seguridad de las personas que salieran del campo en el respeto a las convenciones de Ginebra". No ha existido nunca garantía ni respeto.

El genocidio del pueblo palesti-

no se está consumando. Comenzó en 1936, se acentuó después de la guerra. Desde los motines al terrorismo organizado, desde el desembarco de invasores hasta las guerras modernas, durante cuarenta años los palestinos han sido expulsados de sus hogares, de su país. Han sido huéspedes indeseables en otros países árabes: han sido sometidos a campos de concentración, a matanzas periódicas. Sus últimos núcleos están siendo deshechos. Se ha reproducido en ellos la persecución y matanza de los judíos en la Europa nazi: para repararse aquel genocidio, se ha cometido otro. Se está cometiendo aún. Se trata del exterminio puro y simple de un pueblo, con la diferencia de que éste apenas encuentra palabras de apoyo en el mundo. Mas bien condenas cuando responde con la desesperación de los actos de terrorismo.

No se ha avanzado nada en el camino moral de los litigios humanos. Todo está sucediendo como en un principio. Con mejores armas, mejores medios de información, mejores discursos. Pero con la misma fiera. ■